

CALVO GARCÍA, Laura (coord.); BARTOLOMÉ GARCÍA, Fernando R.;
TRUCHUELO GARCÍA, Susana:
Lizartza: arte e historia de una villa guipuzcoana. Bilbao: Universidad del País Vasco /
Euskal Herriko Unibertsitatea, 2021. 194 pp.

ISBN: 978-84-1319-343-4



RESEÑA BIBLIOGRÁFICA

La restauración en 2017 del retablo mayor de la iglesia parroquial de Santa Catalina de Lizartza (Gipuzkoa) a cargo de la empresa donostiarra Óvalo, que requirió de la colaboración de un equipo de trabajo multidisciplinar, se encuentra en el origen de esta investigación firmada por Fernando R. Bartolomé García y Laura Calvo García (Universidad del País Vasco, esta última coordinadora de la publicación) y Susana Truchuelo García (Universidad de Cantabria), miembros del grupo de investigación *Sociedad, Poder y Cultura (siglos XIV al XVIII)*, IT896/16, de la Universidad del País Vasco. Pretenden con ella mostrar la riqueza histórico-artística de Lizartza para contribuir al conocimiento, puesta en valor y difusión del patrimonio cultural de Gipuzkoa y del País Vasco, labor fundamental en todo proyecto de conservación patrimonial.

Susana Truchuelo firma el primer capítulo titulado “Lizartza en la Edad Moderna: el largo tránsito de ‘collación e vecindad’ a noble y leal villa”, en el que traza un completo recorrido por la historia de Lizartza, que da comienzo en 1374 con el avencindamiento colectivo de un conjunto de comunidades rurales a Tolosa, en un contexto de crisis en el que sus habitantes buscaron la protección de la principal villa del entorno que contaba, además, con el favor de los reyes castellanos. No tardarán sin embargo en aparecer las tensiones entre ambas localidades por el control de espacio y de la economía del entorno, pues mientras Tolosa defiende su señorío colectivo, Lizartza exige la ampliación de autogobierno y de atribuciones judiciales. Los sucesivos memoriales reclamando mayores competencias propiciaron una lenta pero progresiva confirmación de las aspiraciones de autogobierno de Lizartza, que culminará en 1791 con la obtención del título de villa. Su carta ejecutoria se alcanzó en 1802.

A Fernando Bartolomé y Laura Calvo corresponde el capítulo “Lizartza a través de su patrimonio histórico”, organizado en tres apartados. En el primero abordan el desarrollo arquitectónico de la villa, en el que prestan atención a la configuración de su urbanismo y a los principales inmuebles del patrimonio civil, como el ayuntamiento y los desaparecidos hospital y casa abacial. Analizan igualmente sus casas y caseríos históricos, con un predominio del caserío guipuzcoano tradicional, cuya fisonomía fue variando desde finales de la Edad Media atendiendo a su doble función residencial y agropecuaria. Cierra este recorrido el estudio de las vías de comunicación, con protagonismo para el Camino Real de Coches, los puentes de Iruntzi y de Ubereta, y las edificaciones construidas en el siglo XIX con la doble finalidad del cobro de impuestos y el descanso de los viajeros, caso de la casa nueva de la cadena, la alhóndiga, la casa de arbitrios y la nueva hospedería.

El segundo apartado pone el foco en el patrimonio histórico industrial generado en torno al agua, con el río Araxes como elemento vertebrador que configura tanto el paisaje como la economía de Lizartza. Las actividades preindustriales cuentan con la existencia de los molinos de Abajo o Bekoerrotta y de Arriba o Goikoerrotta, a los que se sumaban negocios textiles, de carpintería y cantería, e incluso un tímido desarrollo de la minería en el siglo XVIII. Será en el XIX cuando surjan importantes negocios basados en el tratamiento de las aguas minero-medicinales y en la industria papelera. En 1862 se inauguraba el Balneario de Insalus, y en 1894 un grupo de empresarios franceses constituyó la Sociedad Agua de Insalus, en lo que fue la industria con mayor proyección internacional. A mediados de siglo nació la Papelera La Confianza por iniciativa de José Antonio Irazusta y José María Yeregui, germen de la Papelera del Araxes, que dinamizó la economía de la comarca durante casi dos siglos. Completan el panorama industrial las centrales hidroeléctricas Electra Usabiaga y Electra del Araxes, la última de las cuales aún conserva su maquinaria.

Finalmente, el tercer apartado profundiza en el patrimonio religioso de la villa, formado por la parroquia de Santa Catalina y las ermitas de Santa María Magdalena y de Nuestra Señora del Sagrario. El templo parroquial es fruto de diferentes fases constructivas entre los siglos XVI y XVIII, a las que se suman otros proyectos irrealizados como el de la nueva sacristía, escuela de primeras letras, biblioteca y casa para el maestro firmado por Pedro Manuel de Ugartemendia en 1816. Custodia en su interior un conjunto de bienes muebles en los que destacan sus retablos (con presencia de renombrados artistas del panorama guipuzcoano, como el escultor romanista Jerónimo de Larrea y el maestro de obras de la basílica de Loiola Francisco de Ibero), el órgano (construido en 1851 por el maestro organero Manuel de Amezua y sustituido en 1955 por el actual realizado por Organería Española), la pila bautismal y la cajonera de la sacristía, sin olvidar las piezas de orfebrería y los libros litúrgicos. En la ermita de Santa María Magdalena destaca en su cabecera el *zeru*, uno de los pocos que se ha conservado en Gipuzkoa, en tanto que la ermita de Nuestra Señora del Sagrario aloja un retablo dieciochesco con ejecución de Francisco de Román y Miguel Antonio de Ezkieta.

Los autores enmarcan el análisis de este legado cultural en un contexto histórico que proporciona las claves para su comprensión y valoración, con la presencia de sus artífices y promotores (no faltan las cofradías y los legados indianos), las técnicas empleadas en su ejecución, y su uso, función y significado. Todo ello, con una rigurosidad metodológica que asienta sus bases en tres sólidos pilares: la consulta bibliográfica, con un centenar de referencias localizadas en las principales bibliotecas del territorio guipuzcoano y del País Vasco; la prospección documental en una docena de archivos de Gipuzkoa, Navarra, Madrid y Valladolid, de los que los autores extraen una valiosa información en gran parte inédita; y la labor de campo, imprescindible en un trabajo de esta naturaleza, por cuanto

permite ver y estudiar las obras *in situ*, valorar su estado de conservación y obtener un extenso catálogo fotográfico que sirve para ilustrar el trabajo, en una cuidada edición del Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco, con diseño y maquetación a cargo de Jesús Rodríguez Gutiérrez.

En definitiva, este estudio monográfico sobre la historia y arte de Lizartza se muestra como un trabajo maduro, que consolida una meritoria y necesaria línea de investigación emprendida hace una década por Fernando Bartolomé y Laura Calvo, y contribuye de manera significativa a la memoria y conservación del patrimonio cultural de Gipuzkoa y del País Vasco. Es de esperar que siga dando nuevos frutos en el futuro.

JOSÉ JAVIER AZANZA LÓPEZ

Universidad de Navarra